

Las memorias del volcán: Recuerdos y miradas recientes

Aída Castilleja González

Han pasado casi ocho décadas desde aquellos días cuando, en la sierra purépecha, se fue haciendo cotidiano el temblar y rugir de la tierra como preludeo del nacimiento del Volcán. Al Volcán se le llamó Parícutin, tomando su nombre de uno de los pueblos que estuvo asentado en esas tierras (San Salvador Combutzio Parícutin), voz que hace referencia a hondonada, barranca, paso o camino, lindero; junto a él, en una de sus laderas, creció el Sapichu que, entre otros significados, alude a infantes. Para el tiempo geológico se trata de un evento muy reciente; para el tiempo histórico y el de la vida social han transcurrido cuatro o tres generaciones a través de las cuales se han transmitido recuerdos, otros se han diluido, interrumpido o, incluso, silenciado no obstante la evidencia indudable de aquel acontecimiento que cambió la vida de los pueblos del Volcán.

Los bisabuelos o abuelos vivieron los días cuando reventó el Volcán. Los abuelos o padres tendrán entre sus recuerdos el traslado y la formación de sus pueblos actuales y para padres, jóvenes y niños su vida ha transcurrido en el lugar donde fueron reubicados, mientras que el Volcán ha estado ahí –incólume y silencioso- desde que nacieron. Lo reconocen por lo que han escuchado de generaciones antecesoras, lo distinguen por su color y su textura, por la ausencia de fronda de bosques de pino y encino que lo cubra como a sus parientes geológicos que lo rodean. De lo que también han sido testigos quienes forman par-

te de esas tres o cuatro generaciones, es del cambio en la vegetación, primero ausente por las condiciones de la temperatura y la ceniza que cubrió los suelos con gruesas capas y que, al paso de los años, fue recuperando flora y fauna silvestre propias de su condición de bosques mixtos, así como la fertilidad de sus tierras propicias para cultivos anuales y perennes. Bosques, milpas y huertos de frutales ahora amenazados por la expansión del monocultivo de aguacate por doquier que desplazan, de nueva cuenta, la diversidad de plantas y animales que caracteriza a la Franja volcánica transmexicana.

Haciendo un símil con el cuento más breve de la lengua española, escrito y publicado por Augusto Monterroso en 1959, «Cuando despertó el dinosaurio todavía estaba ahí», podríamos decir que las generaciones que sintieron y vieron nacer el Volcán dirían «cuando nació, el Volcán todavía no estaba». Las generaciones más jóvenes podrían decir «cuando nació, el Volcán ya estaba ahí». Por ello, para unos y otros la memoria y la experiencia del Volcán se ha configurado de manera distinta.

Fue un evento que llamó la atención y atrajo a científicos, fotógrafos, pintores y viajeros, nacionales y extranjeros de muy diversas procedencias. Registraron el proceso a lo largo de los casi diez años que transcurrieron desde su nacimiento en febrero de 1943 hasta 1952 cuando su actividad fue aquietándose. Para ellos, a diferencia de los lugareños que sufrieron de manera directa las consecuencias de la erupción, se trató de un acontecimiento de gran interés para el estudio geológico, de transformaciones sociales y del paisaje, entre otros. Ello lo ha constituido en uno de los volcanes mejor conocidos a nivel mundial, tanto por las múltiples miradas que se fijaron en su largo proceso de formación, como por la singularidad de haber sido un evento que pudo conocerse desde las primeras señales de su inminente nacimiento.

Los testimonios, desde distintas voces, dan cuenta del tiempo en el que Dionisio Pulido, propietario del predio donde nació el Volcán, identificó el lugar exacto donde habría de ocurrir el acontecimiento. Tierra caliente y humeante,

rugiente y en constante movimiento despidiendo olor azufroso fue el anuncio inequívoco de su nacimiento. Este hecho quedó asentado en un documento de la villa Parangaricutiro, entonces cabecera municipal de los pueblos de la zona del Volcán. Presidente municipal, regidores, autoridades locales y Dionisio Pulido, acompañado de un vecino, participaron en la elaboración del acta fechada el 21 de febrero de 1943:

...que el día de ayer como a las 18 horas se presentaron los CC. Sánchez y Pulido informándole, completamente excitados, de la aparición de una fogata que ellos no sabían qué era y que había resultado como a las 17 horas de ayer en la joya denominada Cuitzyutziro, al oriente del poblado de Parícutin por lo que, desde luego, pedían se trasladara al lugar de los hechos, para que por su vista diera fe de su aseveración. [...] Que el señor Sánchez al convencerse de la veracidad de lo denunciado por Pulido, se trasladó juntamente con él a la presidencia municipal de Parangaricutiro, donde todos alarmados dieron parte de los hechos al C. Felipe Cuara Amezcua quien con la premura que el caso ameritaba pasó en compañía de los denunciantes al lugar donde había aparecido el fenómeno que posteriormente se dieron cuenta que era un volcán. Acto continuo a propuesta de algunos vecinos de este lugar y de Parícutin, se discutió el nombre correcto que debería llevar el mencionado volcán, y después de amplias deliberaciones y deseos de los pobladores de la región, por unanimidad se le denominó Volcán de Parícutin.¹

Son numerosos los registros que se han hecho de testimonios de quienes vivieron en los pueblos desplazados por el Volcán y de sus vecinos que dan cuenta de tiempos de incertidumbre, temor, tristeza. Algunos de ellos captando lo que acontecía en tiempo real, otros más como recuentos y entrevistas hechos tiempo después de la erupción. Unos y otros hablan de tiempos de cambio, de resistencia

¹ Carreón Nieto, María del Carmen «El volcán Parícutin. Una invitación al estudio de las relaciones hombre-naturaleza», en Francisco García Naranjo (coord.), *De San Salvador Combutzio Parícutin a Caltzontzin. Historia local, memoria y cultura*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morevallado Editores, Morelia, 2015, p. 64-65

a abandonar sus hogares pero también de la necesidad imperiosa de hacerlo; casas y pueblos que, a la postre, fueron destruidos por la lava. Relatos que describen cuando dejaron atrás sus templos, sus pueblos, sus tierras para asentarse en otros lugares, próximos o distantes, llevándose auestas sus objetos de uso cotidiano y otros que formaban parte de su legado familiar. Se llevaron también sus recuerdos que, eventual o periódicamente, son compartidos con propios y extraños, sea en pláticas cotidianas, en eventos de conmemoración del nacimiento del Parícutin o plasmados en libros, folletos, audios o videos.²

Recuerdos también de quienes, desde otros pueblos, vivieron y sufrieron la pérdida de sus cosechas y el derrumbe de techumbres por la abundante ceniza que se acumulaba; de familias que abrieron sus puertas para recibir parientes de los pueblos más afectados ofreciéndoles cobijo y comida. Los efectos del volcán se dejaron sentir en pueblos de la sierra y llegaron hasta el lago de Pátzcuaro. En esas comunidades, entre personas que rebasan los 70 años son comunes los testimonios del cielo gris y del temor al escuchar que estaba naciendo un volcán en tierras de la sierra; los pescadores asocian ese tiempo a la disminución del nivel de la laguna explicándola por la apertura de grietas generadas por los continuos temblores.

En la ciudad de Morelia se formó el Comité de Auxilios para ayudar a los damnificados enviando alimentos y donando dinero.³ Recuerdos convertidos en testimonios que, al ser escritos o narrados una y otra vez, adquieren significados distintos para quien los comparte y para quienes los escuchan. La fascinación de fotógrafos o pintores por captar el proceso de formación del Volcán y, con ello, del paisaje

² Pulido, Agustina, *et al*, *Los hijos del volcán. Memoria de un pueblo perdido*, COCIDECUR, Uruapan, 2005. p. 71.

³ García Naranjo, Francisco, «Una sociedad en tránsito. San Salvador Combutzio Parícutin, hoy Caltzontzin, 1943-1990», en Francisco García Naranjo (coord.), *De San Salvador Combutzio Parícutin a Caltzontzin. Historia local, memoria y cultura*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morevallado Editores, Morelia, 2015, p. 95

cambiante, contrasta con preguntas como aquella que compartió una persona de Zacán recordando las palabras de su abuela: «...que tanto le vienen a ver al volcán si tanto daño nos ha hecho?».

Cuando reventó el Volcán: «...este es el fin del mundo» «...qué será, qué será... la tierra se está prendiendo»

Los relatos describen el temor, la incertidumbre y el desconcierto. Sentir el movimiento de la tierra, el calor y los olores que emanaba de ella generaba curiosidad, pero sobre todo miedo. Nunca habían visto algo así; decían «...éste es el fin del mundo». Se juntaba toda la familia, decían, «para morirnos juntos». Con plegarias y rogativas buscaban consuelo porque no sabían qué iba a pasar. En febrero de 1943 arreciaron los temblores, olores, humo y estruendos. Las personas de mayor edad suelen decir: «Lloraban los ancianos, las mujeres; chillaban hasta los perros», «las cosechas allá eran muy buenas, perdieron todo por el lodo y las cenizas que aventó el volcán», «los animales, las vacas se murieron porque llovía pura ceniza», «no se podía comer, mascábamos la arena, molíamos la masa y había arena, todo con arena. Teníamos que comprar maíz de afuera y escaseaba la comida».

Dominga Mendoza, nacida en San Salvador Combutsio, recuerda que ella rondaba los 12 años cuando llegó a vivir al lugar donde fue trasladado su pueblo, cerca de la ciudad de Uruapan. Cuando reventó el Volcán,

Corríamos... nos fuimos poco tiempo y luego volvimos y la gente luego se recogió al pueblo y luego ya nos regresamos y vivimos poco tiempo. Y ya cuando empezó a entrar la lava al pueblo... y luego ya estaba en la orilla ya, casi para entrar al pueblo, es cuando fue don Lázaro Cárdenas y le dijo a la gente que los iba a cambiar porque ya no había modo.⁴

⁴ Pulido, Agustina, *et al*, *Los hijos del volcán. Memoria de un pueblo perdido*, COCIDECUR, Uruapan, 2005. p. 71.



En la búsqueda de explicaciones, los narradores hilan acontecimientos asociándolos con un cometa que se veía por las noches; a manera de augurio relacionan el nacimiento del Volcán con una plaga de chochos –langosta– que afectó los campos un año antes de que reventara el Volcán. También lo interpretaron como consecuencia de desavenencias y conflictos entre familias y entre comunidades por linderos agrarios; como aquel problema que se suscitó entre Angahuan y San Juan de las Colchas cuando el primero de ellos colocó, en febrero de 1941, una cruz en la cumbre del Tancítaro a manera de marcaje del lindero de sus tierras, mismas que los de San Juan reclamaban para sí.

El proceso de la formación del Volcán siguió su curso para terminar casi una década después. Quienes vivían en los pueblos que habrían de ser reubicados buscaron, en lo inmediato, refugio con familiares y amistades de pueblos cercanos. La acción del gobierno estatal, entonces a cargo de Félix Ireta, no tuvo demora; se tomaron medidas inmediatas para la protección de la población; otras continuaron hasta más de una década después durante la administración del Gral. Dámaso Cárdenas del Río. El gobierno estatal buscó y compró terrenos propicios para su reubicación, se favorecieron fuentes de empleo en la región, pero también intervino fortaleciendo la opción de migrar a los Estados Unidos. Además de ello, la gente afectada por el volcán atribuye gran importancia a la participación decidida del Gral. Lázaro Cárdenas, entonces expresidente de México. Años más tarde, cuando en 1947 se formó la Comisión del Tepalcatepec con Lázaro Cárdenas a la cabeza, este plan de desarrollo regional se hizo presente en estos y otros pueblos de la región incorporándolos a los programas de modernización mediante acciones y obras orientadas al fortalecimiento de la producción, construcción de carreteras, electrificación y otras obras de infraestructura de beneficio social.

La reubicación: cambios en el orden interno de los pueblos, en sus vecindades y entorno

Angahuan, San Salvador, San Juan, Zacán, Zirosto son pueblos con historias entretejidas, no sólo por haber compartido las consecuencias del nacimiento del Volcán, sino también por existir entre ellos relaciones de parentesco y otras de carácter económico y ritual. Se visitaban entre sí cuando llegaba la fiesta patronal de uno u otro pueblo. Las relaciones de vecindad se diluyeron y aunque se han generado otras en los lugares donde fueron trasladados, las visitas entre ellos dejaron de fortalecerse, como lo describe Lucía Amado de San Salvador,

Las vírgenes también se visitaban. La virgen de Parícutin, venían aquí en el Corpus y en San Isidro y las muchachas yo no sé cómo le harían para traerla de tan lejos. También las de aquí iban a visitarlos y le ponían muchas cosas: mazorcas y lo que cortaban los señores que cortaban o pelaban a los borregos, le ponían unas bolotas grandes de lana colgadas arriba y abajo y la arreglaban así con colgaderos. Le ponían en todos lados mazorcas y lana... (nuestros vecinos)... eran los de Parícutin pues, los de San Juan no eran aunque estaban viviendo allí.

Yo conocí gente de Parícutin, pero no recuerdo sus nombres, yo conocía a muchos. Yo conocía de gente grande y yo no era tan grande, ellos venían y traían todo: tejamanil, zacate... así como anda uno, ganándose la vida. Traían ocote y compraban de todo. Aquí las mujeres traían peras, cerezas, quelites...⁵

Modificaron sus relaciones entre los pueblos vecinos, diluyéndose las usuales y, con mayor dificultad, fueron tejiendo relaciones con los vecinos de las nue-

⁵ *Op. Cit.* pp.15-16.

vas tierras. Los pueblos del Volcán reconocen que entre Angahuan y San Salvador las relaciones habían sido de mayor antigüedad y duración, que aquellas que tenían con San Juan debido a que éste último se formó tiempo después que los anteriores. Los testimonios sugieren la existencia de relaciones de jerarquía que marcaban diferencias entre ellos; el caso del trabajo de reposición de la techumbre es ilustrativo al respecto: a la gente de Angahuan le correspondía reparar o reponer el tejamanil de un lado de la techumbre del templo de San Juan, en tanto que a la de San Salvador le correspondía la otra. San Juan tenía, previo al nacimiento del Volcán, la categoría de cabecera municipal cuya jurisdicción incluía a los pueblos mencionados y a otros de los vecinos más próximos. Función político administrativa que perdió cuando fue trasladado y, aunque años más tarde, en 1950, recuperó esta categoría, su jurisdicción se modificó sustancialmente. Angahuan y San Salvador dejaron de pertenecer a San Juan y fueron integrados al municipio de Uruapan que expandió su superficie, en su límite norte, de manera importante.

San Salvador Combutsio fue trasladado a un predio que el gobierno estatal adquirió en la periferia de la ciudad de Uruapan. Con San Juan de las Colchas se hizo lo propio, reubicándolo al sur del asentamiento original donde se le conoció como San Juan de los Conejos en razón del nombre del predio que fue adquirido para estos fines; más tarde el pueblo adoptó el nombre de Nuevo San Juan Parangaricutiro y el municipio se denominó Nuevo Parangaricutiro. Un tercer pueblo, Dr. Miguel Silva en el municipio de Ario de Rosales, se formó en tierras aún más distantes. Este traslado fue parcial en tanto que sólo algunas familias de Zacán optaron por la reubicación, manteniéndose el resto en el pueblo de origen. En los tres casos hubo distintos momentos en el traslado en los que la labor del ejército se hizo presente: hubo quienes se resistían a abandonar su pueblo, en tanto que otros pronto aceptaron la reubicación.

Estos tres pueblos, aunque en distinto grado, se encontraron con características diferentes a lo que habían sido sus respectivos entornos y de las tierras

a las que habrían de tener acceso para su manutención. Nana Lucía también recuerda la diversidad de frutos muy preciados en los pueblos que se vieron obligados a abandonar: en sus huertos tenían peras negras, peras purépecha, manzanas, membrillos, los duraznos; en tanto que en el cerro recolectaban tejocotes, capulines (a los que también nombran cerezas), quelites, hongos, plantas con propiedades curativas.

No obstante los cambios, en estos sentidos, fueron más sensibles en el caso de San Salvador debido, en parte, a que su reubicación marcó distancia y discontinuidad respecto a su lugar de procedencia, por lo que no les es posible avistar sus antiguas tierras ni el volcán desde el pueblo actual, familias de este pueblo poco a poco han regresado a repoblar sus tierras; se han asentado en el paraje ahora nombrado La Escondida o Nuevo San Salvador Combutsio a dos kilómetros al sur del Volcán Parícutin.

El pueblo de San Juan, por la ubicación del nuevo asentamiento –hacia el sur y a mayor altitud- ha mantenido cierta continuidad con las tierras que les eran reconocidas. Es el caso del paraje denominado Pantzingo, asociado a su origen remoto y donde se encuentra el manantial; esta fuente de agua, según la tradición oral, brotó como manifestación milagrosa de la virgen de la Inmaculada; allá acuden, año con año, cuando se aproxima la celebración en honor a esta devoción mariana. Ahí también, y como parte de las transformaciones del pueblo, se encuentra instalado un parador turístico que forma parte de las empresas comunales.

Los claroscuros de la memoria: «Allá no nos hacía falta nada, aquí sí»; «Estamos muy bien acomodados, con más facilidad de vivir»

El paso del tiempo y los cambios en la manera de vivir han llevado a valorar los recuerdos de maneras contrastantes. Hay quienes atribuyen, con nostalgia, me-

jores condiciones en los lugares donde estuvieron asentados antes del nacimiento del Volcán. Otros, en contraste, valoran de manera positiva las condiciones a las que tuvieron acceso luego del traslado, sobre todo cuando hacen referencia a fuentes de empleo, servicios de educación y de salud. La manera en la que se narran los contrastes difiere entre San Juan y San Salvador. Entre los pobladores de éste último, es recurrente escuchar el temor que les generaba el desconocimiento de los lugares a donde llegaban; recuerdan que la gente se enfermaba y moría. La aclimatación era difícil ya que estaban acostumbrados a otras condiciones, allá más frío: allá era cerro, aquí puro llano. Allá había trabajo, aquí no había ni qué hacer. Era una cosa triste, muy triste. Temían a lo desconocido, hasta el tren asustaba, nunca lo habían visto ni oído pitar. Desconocían todo y eran desconocidos por los nuevos vecinos. Ya luego vino la costumbre a la nueva tierra, la adaptación, las transformaciones.

Cambiaron su manera de vivir. Cambios que llevan a calificar como mejores condiciones de vida las actuales respecto a las anteriores. Estas últimas son más recurrentes cuando se hace referencia a fuentes de empleo, servicios de educación y salud. Al escuchar y leer testimonios de quienes vivieron las condiciones del traslado, es común encontrar valoraciones contrastantes. Unos, claramente, dejan sentir nostalgia; otros insinúan mejores condiciones de vida luego del traslado.

Los testimonios también refieren que en su lugar de origen había poca gente, luego del traslado la población aumentó y modificó su manera de vivir. Acá hay profesionistas, más servicios: ahora cultivan aguacate, antes tenían peras. Recuerdan que antes, aludiendo a los lugares de donde fueron trasladados, hablaban más el purépecha: «Da tristeza que ya no se pueda hablar con las nuevas generaciones en purépecha. Ellos ya hablan de otra cosa. Ya se iba perdiendo desde allá». Se perdieron muchas costumbres, maneras de comer y de vestir. Hoy día las generaciones más jóvenes, sobre todo entre habitantes de San Juan, muestran interés por aprender a hablar purépecha lo que sugiere la existencia de un proceso de reivindicación étnica como también ha sucedido en otros pueblos de la región.



Sin dejar de reconocer las transformaciones sustantivas que devinieron de su condición de pueblos que tuvieron que ser reubicados, también es importante tener presente que otros cambios habidos de entonces a la fecha responden a factores relacionados con el sentido del desarrollo que han adoptado las políticas oficiales como, en su momento, fueron las obras de la Comisión del Tepalcatepec mencionada párrafos arriba. Así también otros cambios sustantivos que han resultado de las condiciones de la producción y del mercado de recursos estratégicos como ha sido el caso de recursos maderables y la expansión de producción de aguacate. Los testimonios también dan cuenta de los derroteros que cada uno de estos pueblos se ha ido forjando como lo evidencia la organización que generó la comunidad de San Juan para la recuperación y manejo productivo de sus bosques desde inicios de la década de 1980.

Además del desplazamiento al que se vieron forzados por el nacimiento del Volcán, los campos de cultivo a su alrededor dejaron de ser productivos durante varios años, aumentando la demanda de empleo remunerado. El «norte» les representaba fuentes de trabajo, mejores condiciones y mayores posibilidades de solventar la vida de familiares que vivían en sus pueblos de origen. El ir y venir de migrantes se fue incorporando, como en la gran mayoría de la geografía de la región, a la vida social de los pueblos no obstante las cambiantes y difíciles condiciones de las contrataciones y del paso de la frontera.

La migración a Estados Unidos estuvo asociada, desde años anteriores a la erupción del Volcán, a las condiciones del mercado laboral en ambos lados de la frontera. La demanda de trabajo en campos agrícolas de aquel país se fortaleció con la firma del Programa de Braceros Agrícolas que estuvo vigente de 1942 a 1964. Si bien el flujo de trabajadores a EUA se daba desde muy diversos lugares de origen del país, durante los primeros años posteriores a la erupción en 1943, se dio primacía, con el decidido respaldo del Gral. Lázaro Cárdenas, a trabajadores de los pueblos desplazados y a quienes -en distinto grado- fueron afectados

por este acontecimiento. Justo Cervantes, oriundo de San Salvador relata cuando optó por irse a Estados Unidos en 1954: «Yo me fui porque mi papá estaba enfermo y tenía que ayudar a mi madre con los gastos, además mucha gente se iba y regresaba al menos pa' sobrevivir uno o dos meses y se volvía a ir y ya regresaba con un poco más de dinero».⁶

Las memorias del volcán

Desde su nacimiento en 1943, el Volcán ha sentido el transcurrir del tiempo en los cambios en su entorno inmediato. Al nacer, se abrió paso desplazando poblados, modificando vecindades, destruyendo tierras de cultivo y bosques de pino y encino. Animales silvestres, incluso las abejas buscaron refugio en otros bosques. Por un tiempo, los conflictos que existían entre pueblos vecinos pasaron a un segundo término.

El Parícutin vio cómo, poco a poco, los suelos recuperaron su fertilidad: brotaron plantas por doquier que generaron condiciones propicias para recuperar el uso agrícola en tierras planas. El cultivo del maíz y los huertos de duraznos y peras fueron reintegrándose al paisaje. En un flujo a contracorriente, condiciones ajenas a su nacimiento generaron nuevas presiones a los bosques de su alrededor desplazando bosques de pino y encino que iban recuperándose: la sobreexplotación de recursos maderables y, desde hace poco más de un cuarto de siglo, la expansión y deforestación sin control relacionada con el monocultivo del aguacate.

⁶ Cardoso Morayla Gabriela, «Y nos fuimos pa'l norte. El caso de los exbraceros de Caltzontzin, 1942-1964» en, Francisco García Naranjo (coord.), *De San Salvador Combutzio Paricutin a Caltzontzin. Historia local, memoria y cultura*, Universidad Michoacana de San Nicolas de Hidalgo, Morevallado Editores, Morelia, 2015, p. 123.

El Volcán ha visto cómo se ha ido transformando la curiosidad y atracción que generó su nacimiento entre artistas, científicos, funcionarios y viajeros de distintas procedencias. Aunque los fuereños no han dejado de acudir a él, ya sea para contemplarlo, para caminar hasta su cráter o para mirar entre la lava la torre del templo que quedó erguida, ahora los visitantes son recibidos de otras maneras.

El Volcán sabe y distingue los cambios que generó su nacimiento y cómo ello fue reconfigurando la vida, las relaciones y la historia de los pueblos a los que afectó, pero también está cierto de otros cambios cuya responsabilidad no le compete. Escucha testimonios, tiene sus propios recuerdos y, desde el lugar donde se erige, observa la disminución de los bosques, las cercas y derecho de paso que imponen los huertos de aguacate y los conflictos que no han dejado de estar presentes entre pueblos vecinos. Sabe también que su historia y las memorias se han entretejido o diluido. Intuye que, aun cuando su nacimiento fue un solo acontecimiento, éste tuvo consecuencias distintas para cada pueblo y ha sido narrado de maneras disímolas. Lejos de haberse generado una memoria compartida, ha percibido que cada pueblo busca mantener para sí la exclusividad de su existencia.

Probablemente imagina nuevas formas de organización entre los pueblos para promover que lo visiten, que lo conozcan y disfruten, pero sobre todo, que beneficien y dignifiquen la vida de los pueblos que lo rodean. Aquellos pueblos que, cuando reventó, se vieron agobiados por la destrucción. Después lograron rehacerse sacudiéndose las cenizas llevando consigo sus recuerdos. Los pueblos y el Volcán ahora podrían idear, de manera conjunta, nuevas formas de organización que permitan una mejor convivencia, que favorezcan las condiciones para que el mundo, los fuereños conozcan la región y disfruten de su belleza, dejando beneficios para todos al saber crear alternativas que garanticen su protección.